

Los comunistas y los campesinos en Francia

**León Trotsky
29 de abril de 1922**

(Versión al castellano desde [*Les communistes et les paysans en France*](#). También para las notas. Publicado en *l'Humanité* del lunes día 22 de mayo de 1922)

Nuestras divergencias con los camaradas franceses sobre la cuestión del frente único están lejos de haberse agotado. Por el contrario, si se juzga por determinados artículos de la prensa del partido francés se saca la impresión de que la raíz de las divergencias y malentendidos (al menos en determinados círculos del partido) es más profunda de lo que parece a primera vista. Tenemos ante nosotros el artículo del camarada Renaud Jean, publicado en *L'Humanité* del 6 de abril. El camarada Jean, uno de los miembros más destacados del partido, ponente de la cuestión agraria en el Congreso de Marsella, se lanza con una energía y una sinceridad, de la que no podemos más que felicitarnos, contra el punto de vista que hemos defendido pero que a él le parece falso. En el título del artículo tilda a la táctica del frente único de una peligrosa torpeza. En el texto, habla claramente de catástrofe como resultado inevitable de esta táctica en Francia.

“Nuestro país goza desde hace tres cuartos de siglo del sufragio universal. La división de la clase no ha penetrado más que a la conciencia de una insignificante minoría... La Francia republicana es la tierra prometida de la confusión.”

De estos hechos perfectamente establecidos el camarada Jean saca una conclusión a la que nos sumamos completamente: “El partido comunista debe ser aquí más irreductible que en ninguna otra parte.” Y desde el punto de vista de esta irreductibilidad, el camarada Jean dirige sus golpes contra el frente único que hasta el presente no le parece otra cosa más que una combinación de coalición entre partidos.

Podríamos decir, y decimos, que semejante apreciación del más profundo problema de táctica prueba que el mismo camarada Jean no se ha liberado todavía de las tradiciones puramente parlamentarias del socialismo francés: allí donde para nosotros se plantea la cuestión de la conquista de las grandes masas, de la ruptura del bloque burgués-coalicionista alrededor de la vanguardia de la clase obrera, el camarada Jean no ve obstinadamente otra cosa más que una “astuta” combinación que sólo podría, en el mejor de los casos, dar algunos puestos más en el parlamento (¡¡!!) al precio de la confusión y perturbación en la conciencia política del proletariado. Ahora bien (y en eso tiene perfectamente razón), Francia necesita claridad más que cualquier otro país, claridad, nitidez y decisión en el pensamiento político y trabajo del partido. Pero si el camarada Jean considera que el comunismo francés debe ser el más irreductible, ¿por qué entonces (antes de resistirse al frente único) no se molesta en constatar que el comunismo francés es en el momento presente el menos intransigente, el más paciente, el más inclinado a toda suerte de desviaciones?

La gangrena democrática

A la claridad y precisión con las que el camarada Jean formula su crítica vamos a responder también con toda la precisión y claridad necesarias. En ningún otro partido comunista se podría concebir artículos, declaraciones y discursos contra la violencia revolucionaria al gusto de un humanitarismo insulso y sentimental, artículos que se encuentran en la prensa del partido francés. Si Renaud Jean habla con mucha razón de la “gangrena” ideológica democrático burguesa, olvida, sin embargo, que la consecuencia más penosa de esta gangrena en la clase obrera consiste en el embotamiento del instinto

revolucionario y de la voluntad de combate, en la disolución de las tendencias activas del proletariado en las perspectivas democráticas informes. La cocina humanitaria de la Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, (que, como es bien sabido, en el momento más grave se arrastra por el suelo ante el militarismo francés), con las prédicas de los vegetarianos políticos, moralistas tolstoyanos, etc., etc., por diferentes que parezcan exteriormente a la política oficial de la Tercera República, no hace, a fin de cuentas, más que completarla y servirla de la mejor manera posible. La agitación pacifista abstracta y abierta de fraseología socialista es un arma excelente del régimen burgués. Esto puede parecerles paradójico a los pacifistas sinceros, pero es así.

Hay violencia y violencia

Ni Poincaré, ni Barthou se han turbado ni maravillado por los aires pacifistas de Georges Pioch. Pero en la conciencia de una parte de los obreros estas prédicas encuentran un terreno preparado. La hostilidad contra el régimen burgués y la violencia militar encuentra en las fórmulas humanitarias una expresión sincera pero estéril y se consume sin decidirse a la acción. En eso consiste precisamente la función social del pacifismo. En Estados Unidos esto ha aparecido con una particular claridad y la camarilla de Bryan ha ejercido una influencia enorme entre los granjeros precisamente con las consignas del pacifismo. Los socialistas del género Hillquit¹ y otros son imbéciles que creyéndose muy malos han caído de bruces en la trampa del pacifismo pequeño burgués y así han facilitado la entrada de Estados Unidos en la guerra.

La tarea del partido comunista es suscitar en la clase obrera la voluntad de aprender a distinguir la violencia reaccionaria que sirve para frenar la Historia en una etapa perimida de la violencia revolucionaria cuya misión es limpiar la vía histórica de los obstáculos apilados por el pasado. Quien no quiere distinguir estos dos aspectos de la violencia no distingue entre las clases, es decir: ignora la historia viviente. Quien se declara contra todo militarismo, toda violencia y todos sus aspectos, *ese apoya inevitablemente a la violencia de los dirigentes* pues esta violencia es un hecho establecido, consolidado por las leyes del estado y por las costumbre. Para suprimir ese hecho es necesaria otra violencia que, ante todo, debe establecer su derecho en la conciencia de los mismos trabajadores.

La última conferencia del Comité Ejecutivo ha resaltado una serie de otras manifestaciones en la vida interna del partido francés que prueban que ese partido no es en absoluto el más intransigente. Ahora bien, verdaderamente debe serlo pues el medio político lo exige completamente. Y sobre una sola cosa estamos de acuerdo con el camarada Renaud Jean: en que la aplicación de los métodos del frente único exige claridad y precisión completa de la conciencia política del partido, rigor por parte de sus organizaciones, y perfección de su disciplina.

Comunismo y campesinado

Más adelante, el camarada Jean dice que en la lista de reivindicaciones enunciadas como plataforma del frente único (lucha contra los impuestos sobre los salarios, defensa de la jornada de 8 horas, etc.) no encuentra ninguna que pueda interesar directamente a “la mitad de los trabajadores de Francia, justamente a los campesinos”. ¿Qué es eso de la jornada de ocho horas? ¿Qué es eso del impuesto sobre los salarios?

Este argumento del camarada Jean nos parece peligroso en alto grado. La cuestión de los pequeños campesinos presenta, incontestablemente, para la revolución

¹ Morris Hillquit, (1860-1933). Abogado, miembro del partido socialista estadounidense y líder de su ala moderada. Trotsky lo caracterizaba así: “¡Hillquit es el guía genial del socialismo de los dentistas que han triunfado!”.

francesa una enorme importancia. Nuestro partido francés ha realizado un gran progreso al redactar su programa agrario poniendo al orden del día de sus trabajos la conquista de las masas campesinas. Pero sería muy peligroso, y simplemente mortal, disolver buenamente al proletariado francés en la noción de los “trabajadores” o de los “obreros” como una mitad en el todo. Sólo hemos conquistado a la minoría de la clase obrera francesa, no solamente para nuestras organizaciones sino incluso políticamente. La revolución sólo será posible cuando hayamos ganado políticamente a la mayoría. Solamente la mayoría de la clase obrera francesa, reunida bajo la bandera de la revolución, puede arrastrar y conducir a la masa de los pequeños campesinos franceses. La cuestión del frente único obrero en Francia es una cuestión fundamental: sin la solución a esta cuestión, el trabajo entre los campesinos, por más coronado por el éxito que esté, no nos acerca a la revolución.

Por otra parte, la condición previa para esta atracción es la reunión de la aplastante mayoría de la clase obrera francesa bajo la bandera de la revolución. Hay que conquistar a los obreros que hoy en día marchan con Jouhaux y Longuet. No se nos diga que son poco numerosos. No hace falta decir que el número de los partidarios activos de Longuet, Blum y Jouhaux, de los partidarios abnegados, es decir de los que estarían dispuestos a arriesgar sus cabezas por su programa, ese número es insignificante; pero el número de gente pasiva, oscura, inerte, perezosa de cuerpo y pensamiento, es todavía muy grande. Se mantienen al margen, pero si los acontecimientos llegan a afectarles, en la situación actual, antes se pondrán bajo la bandera de Jouhaux-Longuet que bajo la nuestra. Pues Jouhaux-Longuet reflejan y explotan la pasividad, la oscuridad y el estado retrógrado de la clase obrera.

Concepción inexacta

Y el camarada Jean, dirigente del trabajo del partido entre los campesinos, reparte proporcionalmente su atención a medias entre el proletariado y los campesinos, eso es triste pero explicable, y menos peligroso pues el partido, en su conjunto, sabrá corregirlo. Pero si el mismo partido se colocase en el mismo punto de vista al tratar al proletariado simplemente como “mitad” de los trabajadores, eso determinaría consecuencias verdaderamente fatales pues el carácter revolucionario y de clase del partido se disolvería en un amorfo *partido de los trabajadores*. Ese peligro aparece más claramente cuando se sigue el curso del pensamiento del camarada Jean. Renuncia claramente a tareas de lucha que no abarquen a todos los trabajadores o como él lo expresa: “que no incluyan reivindicaciones comunes a las dos grandes partes del proletariado [¡!]”. Aquí hay que comprender por “proletariado” no solamente al proletariado sino también a los campesinos. ¡Abuso extremadamente peligroso de terminología que lleva políticamente al control por los campesinos de las reivindicaciones del proletariado (¡conservación de la jornada de ocho horas! ¡mantenimiento de los salarios!, etc.)!

El campesino es un pequeño burgués que se acerca más o menos al proletariado y que, bajo determinadas condiciones, puede ser más o menos sólidamente conquistado por el proletariado para la causa de la revolución. Pero asimilar a la pequeña burguesía agraria con el proletariado y reducir las reivindicaciones del proletariado al punto de vista del pequeño campesino *es renunciar a la base efectiva de clase del partido* y sembrar, así, esta misma confusión para la que la Francia parlamentaria-campesina presenta un terreno extremadamente abonado.

La plataforma del antimilitarismo

Si, como hemos oído, la jornada de ocho horas no puede devenir en Francia una consigna del frente único porque esta reivindicación no le interesa al campesino, entonces la lucha contra el militarismo aparece, desde el punto de vista Jean, como el

verdadero programa revolucionario para Francia. No puede haber dudas de que el pequeño campesino francés embaucado por la guerra sólo siente odio hacia el militarismo y le suena simpáticamente los discursos antimilitaristas. Por supuesto que tenemos que desenmascarar implacablemente al militarismo imperialista, tanto en la ciudad como en el campo. La lección de la guerra debe utilizarse hasta el final. Sin embargo, sería extremadamente arriesgado para el partido formarse ilusiones en cuanto a la medida en que el antimilitarismo campesino pueda adquirir una importancia revolucionaria *intrínseca*. El campesino no quiera entregar su hijo al cuartel, el campesino no quiere pagar impuestos para el mantenimiento del ejército; aplaude sinceramente al orador que habla contra el militarismo (e incluso contra “todos los militarismos”). Sin embargo, la oposición campesina al ejército tiene un reverso que no es revolucionario sino solamente pacifista y de boicot. ¡Fírmeme la paz! He ahí su programa. Este estado de ánimo puede crear una atmósfera favorable para la revolución, pero no puede determinar la revolución ni incluso asegurar su éxito.

El pacifismo sentimental del género de Pioch refleja la actitud del campesino pero no la de los proletarios ante el estado y el militarismo. El proletariado organizado y consciente se encuentra ante un estado armado hasta los dientes y se pregunta cómo él, proletario, debe organizarse y armarse para derrocar y destruir la violencia burguesa por medio de su propia dictadura. El campesino aislado no va tan lejos; simplemente está *contra el militarismo*, lo odia y está dispuesto a darle la espalda: ¡Fírmeme usted la paz y déjeme tranquilo con todos sus militarismos! Tal es la psicología del campesino descontento en la oposición, del intelectual o del pequeño burgués de la ciudad. Sería insensato no explotar este estado de ánimo de nuestros aliados eventuales pequeño burgueses y semi proletarios pero *transferir ese estado de ánimo al proletariado y a nuestro propio partido sería criminal*.

Con su patriotismo, los socialpatriotas se han creado dificultades para el acceso al campesinado. Tenemos que aprovechar de todas las maneras posibles esta ventaja, pero ello no nos da en ningún caso el derecho a hacer pasar a segundo plano al mismo proletariado, aunque corramos el riesgo de suscitar coyunturalmente un malentendido con nuestros amigos campesinos. El pequeño campesino debe seguir al proletariado tal cual es. El proletariado no puede hacerse campesino. Si el partido comunista, orillando las reivindicaciones vitales de clase del proletariado, sigue la línea de la menor resistencia haciendo pasar a primer plano el antimilitarismo pacifista, correrá el riesgo de equivocar al campesino y a los obreros, y de equivocarse él mismo.

En Francia, como en todos los lugares, necesitamos ante todo la unidad del frente en el mismo proletariado. El campesino francés no se convertirá en proletario porque el camarada Jean se permita abusar de la terminología social. Pero la misma necesidad de tal abuso es un síntoma peligroso. Semejante política sólo puede sembrar la mayor confusión. Por otra parte, el comunismo francés, más que cualquier otro, necesita claridad, precisión e intransigencia. En cualquier caso, en eso estamos de acuerdo con nuestro contradictor francés.



Visita nuestra página: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es